

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA  
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO II

Coordinación

VIRGINIA GUEDEA  
ALFREDO ÁVILA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
2007

## NÚMERO 154

Sermón de la reconquista de Guanajuato, predicado por fray Diego Miguel Bringas el 7 de diciembre de 1810

*Sermón que en la reconquista de Guanajuato, predicó extemporáneamente en la iglesia parroquial de dicha ciudad, el padre fray Diego Miguel Bringas, misionero apostólico del Colegio de la Santa Cruz de Querétaro, y capellán del ejército de operaciones del centro. Por orden del señor general en jefe don Félix María Calleja del Rey. El día 7 de diciembre de 1810. Con superior permiso*

Dictamen del reverendo padre ex lector fray Luis Carrasco y Enciso, del sagrado Orden de Predicadores, doctor teólogo por la Real y Pontificia Universidad, calificador del Santo Oficio de la Inquisición, y examinador sinodal del arzobispado de México.

Excelentísimo señor

He leído atentamente el precioso elocuentísimo sermón, que predicó en la reconquista de Guanajuato el reverendo padre fray Diego Miguel Bringas, cuyo asunto es: redargüir vivamente y con oportunidad a los falsos ministros del altar, a los malos vasallos del rey, y a los inicuos pérfidos soldados que abanderizados por el zorro de Hidalgo han sido en la desastrada insurrección que aún nos aflige, los más bárbaros asesinos de su patria, y verdugos crueles infidentes a Dios; a la religión, y al Estado.

La robusta elocuencia con que desenvuelve sus ideas triunfadoras este acreditado sabio, antiguo maestro de la oratoria cristiana, combatiendo ahora los monstruosos errores del ex cura Hidalgo; es muy semejante a la que en circunstancias análogas usó en otro tiempo el padre San Bernardo, describiendo (epístola 78) al ambicioso Esteban de

Garlanda, el cual por un conjunto ridículo quería ser a un tiempo clérigo y soldado; mas por lo mismo ni uno ni otro; ser prelado eclesiástico y guerrero militar; pero con la extravagancia de elevarse entre los oficiales de guerra sobre todos los generales de ejército; tal ha sido la escandalosa conducta del que debiendo ser atalaya del pueblo de los Dolores, antes por el contrario armó lazos, y tendió redes con el fin de oprimir y despojar a los inocentes como lo hacen los cazadores en el tabor para prender las fieras y las aves. Por esto pues, ha sido necesario entrar a cuentas y cargos con esa *vulpeja* que tan vilmente se ha degradado, y es muy justo también que se le avergüence en público y determinadamente, aunque por otra parte se halle indignamente adornado con el carácter sacerdotal. Los obispos son sin duda superiores a los sacerdotes, y los vemos sin embargo reprendidos por el mismo Dios en los capítulos 2 y 3 del Apocalipsis. ¡Con que no será extraño que al servil monago del heresiarca Lutero se le azote y hiera con alguna aspereza de palabras!

El diestro orador lo ejecuta con verdadero tino, y con encendido celo de caridad, refutando al mismo tiempo la proclama y falsos pretextos del judaizante Hidalgo llamado por los suyos *generalísimo*, porque ha repetido los graznidos del cuervo de Alemania cuando gritó allá destempladamente *Viva el Evangelio y mueran los papistas*; y este otro grajo de la América lo ha imitado desentonándose acá en su: *Viva María Santísima de Guadalupe, y mueran los gachupines*. ¡Viejo rijoso e imprudentísimo! ¿Pues que ha de vivir la madre para sancionar la ruina de sus hijos? Indios alucinados, ¿es este acaso el fin con que el venturoso Juan Diego nos donó su precioso ayate? ¡Ah! pérfidos Allendes, Aldamas, Abasolos y Ballezas, vosotros, vosotros sois los enemigos de la Madre de Dios, lo sois de vuestra patria, y la causa también de cuantos daños se han seguido; tantas mieses robadas, tantos campos incendiados, tantas casas saqueadas, los templos despojados, tantas matronas viudas, tantas doncellas desfloradas, tantas muertes, llantos, lloros, tantas

lágrimas; las leyes violadas, el sacerdocio ultrajado, la religión deturpada, todo lo divino y humano confundido. ¡Ah! Estos males y otros muchos sin cuento no tienen otro origen que la perversidad de vuestro corazón, y a vosotros son realmente atribuidos, porque sois la única verdadera causa de tan ominosos daños.

Este es en compendio el sermón del reverendo padre fray Diego Miguel Bringas; y como por otro todo sea una pieza bien trabajada, y nada contenga contra las buenas costumbres y regalías de su majestad, podrá vuestra excelencia si fuere de su superior agrado dar licencia para que se imprima.

Convento imperial de nuestro padre Santo Domingo de México y enero 15 de 1811.— Excelentísimo señor.— Doctor fray Luis Carrasco.

*Audite hoc, sacerdotes, et attendite domus Israel, et domus regis auscultate, quia vobis judiciun est, quoniam laqueas facti estis speculationi, et rete expansum super Thabor.*

Oseas, capítulo 5, versículo 1.

Escuchad sacerdotes, atended hijos de Israel. Oíd infidentes vasallos del monarca español, pues en este momento se trata de juzgaros, porque habéis servido de lazo a los que debierais ser atalayas en vuestra conducta, y han formado con ella funesta red extendida sobre el Tabor. [Palabras del santo profeta Oseas en el capítulo quinto.]

CUANDO LA AMÉRICA SEPTENTRIONAL escuchando, apenas, sólo el eco de las convulsiones espantosas que agitan a la Europa, descansaba felizmente en los brazos de la paz. Cuando la amada península de España, semejante a una fecunda madre, libraba una gran parte de sus esperanzas, en la generosidad de tantos hijos, con quienes (aunque materialmente separada por el anchuroso piélago del océano Atlántico) se imaginaba tierna, y estrechamente unida por los vínculos más sagrados. Cuando la Iglesia santa zozobrando al embate de la tempestad más horrenda, que acaso ha sufrido desde que salió del costado divino de su autor soberano, enjugaba una gran parte de sus lágrimas, mirando aunque a una inmensa distancia, más de cuatro millones de hijos, que como otros tantos renuevos de aquel catolicismo español, que ha formado sus primeras delicias por una dilatada serie de siglos, le prometían una sucesión prodigiosa, en la conversión de los innumerables pueblos que aún yacen en el seno de este basto continente funestamente dormidos en medio de las sombras de la muerte. ¡Qué hado envidioso, Dios inmortal! ¡qué brazo inhumano! ¡qué sacrílego delirio ha podido turbar la serena frente de nuestra paz! ¡ilustrar las dulces esperanzas de la patria madre, introduciendo la discordia más sangrienta entre sus hijos, y cubrir de luto a la amada esposa de Jesucristo! ¡Dios de mi corazón! ¿Para qué habéis prolongado los términos de mi vida hasta tocar en estos momentos que distinguirán monstruosamente entre las diferencias del tiempo, la perfidia, la calumnia, el embuste, la irreligiosidad, y la injusticia? ¡Desdichado de mí, que experimentando en la sensibilidad de mi débil corazón los crueles efectos de una desolación tan lamentable, me veo a más, reducido por mi ministerio, a la justa necesidad de reprender y reprobando la conducta de los hombres más respetables, como una obligación, cuyo desempeño me exigen imperiosamente la naturaleza, la justicia, la fidelidad, la religión, en una palabra, todos los deberes más sagrados del hombre, del vasallo, y del ministro público de Jesucristo!

¡Escuchad, pues, sacerdotes venerables por vuestro carácter: atended hijos de Israel, oíd infidentes vasallos del monarca español, pues en este momento se trata de juzgaros, porque habéis servido de lazo a los que fueron encomendados a vuestra especulación, a vuestro cuidado y conducta, y habéis formado con ella una funesta engañosa red, tendida tramposamente sobre el Tabor! Estas enfáticas palabras del santo profeta Oseas, en el capítulo quinto de su profecía, os han descifrado ya toda la economía, y sustancia de mi oración, que aunque indigesta por las angustias del tiempo<sup>1</sup>, pondrá en claro delante de vuestros ojos un retrato al natural del proyecto inicuo, con que el cura Hidalgo y sus secuaces, penetrados del espíritu de la política reprobada del impío Napoleón Bonaparte, intentan sepultar en sus ruinas nuestra América, consumir, si pudiesen, la pérdida de la España, y aniquilar la iglesia de Jesucristo; y por consiguiente, descubriréis con asombro una pequeña porción de las responsabilidades espantosas con que se han gravado, en la parte que lo han conseguido, los malos ministros de Jesucristo: *audite hoc, sacerdotes*; los infidentes vasallos, o miembros del paisanaje, *et attendite domus Israel*; y por último los miembros indignos del Estado militar *et domus regis, auscultate*; es decir, en pocas palabras.

Que los falsos ministros de la Iglesia, los malos vasallos y los malos soldados, que han cooperado a la insurrección, son responsables de los estragos causados y por causar, y deben ser juzgados como reos de alta traición e infidelidad a la América, a la España y a la Iglesia.

¡Virgen inmaculada! ¡esposa dilectísima del espíritu divino! ¡con cuánto dolor de mi corazón veo renovada en este país, que tan tierna y singularmente habéis amado y

---

<sup>1</sup> Esta oración se encargó al orador, la tarde del día quinto de diciembre.

favorecido la abominable herejía de los helvidianos, que con sacrílega osadía intentaron combatir, y negaros la amada prenda de vuestra virginal entereza! *Da mihi virtuten contra hostes tuos*<sup>2</sup>: dadme virtud, elocuencia, facundia, y sabiduría para combatir contra vuestros enemigos; alcanzadme un rayo de aquella gracia de que os preconizó llena el arcángel San Gabriel, cuando como yo ahora con todo este devotísimo concurso, os saludo con el AVE MARIA.

*Audite hoc sacerdotes, y etcétera.*

Oseas, ubi supra.

QUE LOS VENERABLES MINISTROS de Jesucristo cuya conducta les hace dignos de un nombre tan respetable, como ilustre, han sido el fulcro más firme sobre que se ha sostenido, por el espacio de tres siglos el edificio brillante que erigieron sobre las ruinas del paganismo en este vasto continente, los españoles tan católicos como valientes y generosos, es una verdad inconcusa tan atestiguada por la historia, como acreditada por la experiencia; católico, ilustre, valiente, clementísimo y digno general del victorioso ejército de operaciones del centro.

He dicho, Señores, que es una verdad tan distinguida por la historia, como acreditada por la experiencia, que los venerables ministros de Jesucristo, cuya conducta les hace dignos de un nombre tan respetable como ilustre, han sido el apoyo más firme, sobre que por el espacio de tres siglos se ha sostenido el edificio brillante que erigieron sobre las ruinas del paganismo, en este vasto continente los españoles tan católicos como valientes y generosos. Esta verdad bien conocida por el astuto y pérfido Hidalgo, ha sido la que le hizo

---

<sup>2</sup> Eccles. Ino. Ffic. B. Virgen. Mariæ.

apostar el sacrílego medio de ponerse a la frente de ochenta mil americanos, seducidos lastimosamente con el sagrado nombre de la religión: contagiar un cierto número de sacerdotes, y miembros de ambos cleros, alucinar a los pueblos incautos, e inclinar al abominable delito de la deserción a muchos militares.

Ya es tiempo, pues, mis amados americanos, de rasgar el negro velo de la hipocresía y ambición abominable, para que aparezcan delante de vuestros ojos los misterios de la iniquidad en su semblante natural, y yo no dudo que no vacilaréis un momento sobre el partido que debéis seguir: escuchadme atentamente, que os importa.

Procesado por el Santo Tribunal de la Inquisición de México el cura Hidalgo, por las doce abominables proposiciones, que como poco hace escuchasteis de mi boca<sup>3</sup>, han sido la conducta constante de sus costumbres, y la escandalosa materia de sus conversaciones privadas. ¡Qué debía esperar un hombre, que se consideraba en el inminente peligro de comparecer compelso a dar razón de su fe en aquel tribunal tan prudente como severo y circunspecto! Para evitar este lance tan temido de su soberbia, puso en acción toda su malicia, y sugerido por su egoísmo o amor propio el más refinado, dio sentencia de muerte contra todos sus compatriotas; decretó la conservación de su libertad a costa de toda esta América Septentrional; mas aquí, aunque os parezca impropio a la majestad de este lugar, me permitiréis por lo que conduce a daros conocimiento de la envejecida malicia de este mal sacerdote, deciros, que verificó su infame proyecto con toda la astucia propia de un zorro, nombre que con la mayor propiedad le daban sus mismos discípulos en

---

<sup>3</sup> El orador predicó el 2 de diciembre en Marfil entrada de Guanajuato, por el espacio de hora y media, sobre la materia, y el día 3 en la expresada ciudad, por el espacio de dos horas, precediendo en ambos sermones la lectura del edicto del Santo Tribunal.



Valladolid cuando cursaba la cátedra.

Tenía bien observado el cura Hidalgo, que el pueblo americano es como cualquiera otra porción de la especie humana, amante de su patria, y que a más de esta noble pasión, había heredado de los gachupines (que le enseñaron la religión) un amor y fidelidad constante a sus soberanos, y una adhesión y firmeza incontrastable a la fe de Jesucristo; bajo estos conocimientos, como fiel discípulo o imitador del infame Napoleón, zanjó su inicuo proyecto, levantándole sobre estas tres bases capaces de alucinar al pueblo rudo; pero no a los hombres que tengan una mediana ilustración, de cuya refleja debo deducir con el más agudo dolor de mi corazón, esta verdad, conviene a saber; que si bien es presumible que han entrado engañados en esta insurrección los ignorantes, la presunción está en contra de los literatos; y si el pueblo rudo, *cecidit... consilio deceptus sacerdotum*<sup>4</sup>, cayó en la trampa seducido por el consejo de los malos sacerdotes, como se dice en el capítulo primero del libro segundo de los macabeos, los miembros del clero ilustrado, los vasallos, aquellos pocos que prevaricaron del estado noble, y los malos militares que abrazaron tan indigno partido, deben ser juzgados por las palabras de mi tema.

*Audite hoc sacerdotes, et attendite, domus Israel, et domus regis auscultate quia vobis iudicium est, quoniam laqueus facti estis speculationi, et rete expansum super Thabor.* Escuchad sacerdotes venerables, atended hijos de Israel, oíd infidentes vasallos del monarca español, pues en este momento se trata de juzgaros, porque habéis servido de lazo a los que observaban vuestra conducta, y habéis formado con ella una red funesta arrojada sobre el Tabor. De donde lastimosamente se ha venido a verificar en nuestros días, respecto de muchos falsos ministros de Jesucristo, lo que dijo el profeta Oseas: *et erit sicut populus*

---

<sup>4</sup> 2. Machab I.13.

*sic sacerdotes*<sup>5</sup>: y serán como el pueblo los sacerdotes, esto es, según el doctísimo Alapide<sup>6</sup>: *similis est, eritque populus sacerdoti, et sacerdos pópulo*; es, y será siempre el pueblo semejante a sus sacerdotes; si ellos son infidentes, y revolucionarios, lo será también el pueblo infeliz, a quien Dios permitió por un castigo el más severo, que le condujesen semejantes pastores; buena prueba es de esta verdad la venturosa ciudad de Querétaro, cuyos sacerdotes, más bien que los fosos y cañones, han sido los ángeles tutelares que rompiendo la voz en medio de la más agria fermentación, redujeron el pueblo cristiano al conocimiento, y desempeño de sus justos deberes<sup>7</sup>.

¿Y no lo deberé yo hacer así también, cuando me hallo cubierto de aquel mismo sayal, y gravado con aquellas mismas obligaciones, cuyo desempeño es el primer anhelo y el íntimo suspiro de mi corazón, y cuando, por una dicha inestimable, soy participante de la sangrienta proscripción con que el infame Hidalgo escribió la sentencia de muerte en las primeras líneas de su plan devastador contra mis venerables hermanos los misioneros apostólicos de la Santa Cruz? ¡Mas qué suerte tan diversa ha corrido la desgraciada Guanajuato!

Perdonadme sacerdotes fieles, ministros venerables que os habéis conservado firmes en la digna representación de vuestro carácter, nada os deben afligir estas amargas expresiones, ni extrañéis que yo las use tan francamente, cuando imito el ejemplo que me

---

<sup>5</sup> Ose. Cap. 4 V. 9.

<sup>6</sup> *Alapide in cap. 4. Ose.*

<sup>7</sup> Bien sabidas son las negociaciones secretas de Allende en Querétaro, y el celo apostólico con que los misioneros del Colegio de la Santa Cruz de aquella ciudad, con varios señores eclesiásticos seculares, en particular el doctor don Pedro Mendizábal, predicaron repetidas veces, con tan buen efecto, como lo comprobó el porte de la plebe en el ataque que sostuvo la ciudad en fines de octubre.

han dejado los profetas santos, los apóstoles, evangelistas y sagrados escritores reprobando la errada conducta de los malos sacerdotes, señalándolos con sus mismos nombres en diversos pasajes de las sagradas escrituras. Yo no hablo del estado eclesiástico siempre venerable, sino de algunos miembros que han sido públicamente la piedra del escándalo. Yo debo desengañar al pueblo seducido, poner en salvo la inocencia de los europeos, restablecer la obediencia a nuestro legítimo soberano, desagaviar la religión vulnerada en lo más sagrado, y dar a conocer a esta septentrional América sus verdaderos intereses.

¿Y no son todos estos objetos respetables el blanco contra quien las sacrílegas bocas de muchos pseudoapóstoles, de tantos sacerdotes infidentes se atrevieron a blasfemar en las plazas, en las calles, y hasta en los mismos templos de esta ciudad desventurada? ¿y no vieron en el primer ataque con el escándalo más reprehensible esos infelices ignorantes, a muchos sacerdotes armados de espadas y pistolas con trasgresión de los sagrados cánones que severamente les prohíben semejante aparato, discurrir por las calles alarmando al pueblo, y conduciéndole al matadero? ¿Y no les habrán visto después, a pesar de la irregularidad en que sin la más ligera duda incurrieron atreverse a celebrar los misterios más venerables de cuya participación les hace indignos tan bárbara conducta!

¿Mas qué aliento será suficiente para reprender el atentado más horrible, el sacrilegio más espantoso que vio cometer solemnemente la desgraciada Guanajuato? ¿No bastaba para satisfacer a la sed insaciable de delinquir, dilapidar los bienes de los europeos inermes e inocentes, seducir a los pueblos ignorantes, degollar a los hombres manchando en su sangre las manos hasta las mujeres convertidas por el veneno encantador de Hidalgo en otras tantas harpías o hienas inhumanas? ¿Era necesario también llegar a poner las manos,

*obstupescite cæli super hoc et porte ejus desolâmini?*<sup>8</sup> ¡Asombraos, cielos, y desquiciaos puertas del empíreo al escuchar el atentado más horrible! ¡Llegar, digo, los sacerdotes a tomar en sus manos el venerable cuerpo de nuestro salvador Jesucristo, y contra los decretos pontificios llevarle en procesión solemne, mejor diré, en una solemnísimas serie de injurias, acompañado de aquella venerable imagen de su madre por esas calles, pretendiendo temeraria y blasfemamente que el mismo Dios contra su santidad esencial, sancionase los decretos de la impiedad!<sup>9</sup> ¡Dios de mi corazón! ¡si la majestad de este lugar, y la seriedad del acto en que me ejercito, no me lo vedasen, cerraría yo aquí mis labios sepultándome en el más profundo silencio temeroso de excitar con la memoria de este sacrilegio los justos rayos de vuestra ira!

La primera basa, pues, sobre que zanjó Hidalgo su proyecto revolucionario, es el amor de la patria, pasión dulce que ha dado motivo a las acciones más gloriosas de los hombres. La segunda es, la fidelidad debida a nuestro amado y deseado soberano el señor DON FERNANDO SÉPTIMO; virtud nobilísima capaz de inflamar los ánimos generosos; y la tercera, la santa religión, que siendo la primera entre las virtudes morales, es la única que por su unión con las demás nos alimenta la dulce esperanza de nuestra salvación; ¿mas con qué abusó de tan sagrados incentivos? Escuchadlo más claro, pueblos alucinados, para que acabéis de apagar en vuestros corazones aquella electricidad que os ha inflamado para coadyuvar a tanto delirio. El cura Hidalgo ha engañado y puesto en insurrección a la

---

<sup>8</sup> Jerez.cap. 2 V. 12.

<sup>9</sup> En ,os días inmediatos a los de la reconquista de Guanajuato predicaron algunos eclesiásticos muchas veces para electrizar al pueblo contra las tropas del rey: se formó una procesión con el Divinismo Sacramento, sacando también la sagrada imagen de Nuestra Señora de Guanajuato, llevando según dicen, Allende, el extremo de la cauda del ropaje de Nuestra Señora.

América con el especioso aparato de estas verdades Napoleónicas, o de estas verdaderas mentiras, según consta en sus proclamas sediciosas; escuchad la sustancia de sus palabras.

“¡Americanos oprimidos (decía este héroe de la impiedad) llegó ya el día suspirado de salir del cautiverio y romper las duras cadenas con que nos hacían gemir los gachupines: la España se ha perdido; los gachupines, por aquel odio con que nos aborrecen, han determinado degollar inhumanamente a los criollos, entregar este floridísimo reino a los franceses, e introducir en él las herejías; la patria nos llama a su defensa, los derechos inviolables de FERNANDO VII nos piden de justicia que le conservemos estos preciosos dominios, y la religión santa que profesamos nos pide a gritos que sacrifiquemos la vida antes que ver manchada su pureza; hemos averiguado estas verdades, hemos hallado e interceptado la correspondencia de los gachupines con Bonaparte: ¡Guerra eterna, pues, contra los gachupines! Y para pública manifestación de que defendemos una causa santa y justa, escogemos por nuestra patrona a María Santísima de Guadalupe: ¡Viva la América! ¡Viva FERNANDO VII! ¡Viva la religión, y mueran los gachupines!”

¿Es ésta, americanos seducidos, la voz de Hidalgo? ¡Frenético delirante, desnaturalizado hombre, impío enemigo de Dios y de los hombres! ¿qué congreso de tu corazón con el error, ha podido hacerte concebir tan abominable feto? ¿qué furia del abismo ha podido fomentarlo con el pestífero aliento de los errores? ¿y qué día aciago para la América te vio abortarlo en medio de aquel desgraciado rebaño, tan azarosamente confiado a las garras crueles de un lobo devorador? ¿De este modo, seducido en primer lugar, el desgraciado pueblo de los Dolores el diez y seis de septiembre, día digno de adularse con la piedra más negra, vio la América y sintió amargamente la desventurada villa de San Miguel el Grande los primeros actos de la insurrección? En pocos momentos, este escándalo, a semejanza de un fuego devorador, levanta la llama sobre una materia ya

preparada por las negociaciones secretas, y el sencillo pueblo engañado al modo que los incautos asideos, por el impío sacerdote Alcimo, según consta en el primer capítulo del último de los libros canónicos del viejo testamento<sup>10</sup>, viendo a la frente de la insurrección un pastor de almas, un sacerdote con créditos de sabio, acompañado de otros indignísimos ministros del altar, se deja seducir, engañado lastimosamente con esta reflexión: “*homo sacerdos de sémine Aarón venit, non decipiet nos.*”<sup>11</sup> Un hombre, decían los infelices simples americanos, un hombre sabio, un hombre sacerdote, un descendiente por la dignidad sacerdotal de la progenie de Aarón, es el que viene a la frente de esas tropas, no puede engañarnos: *Non decipiet nos.*

¡Ah cruelísimo dolor, y cómo despedazas mis entrañas! ¡ah perdidos sacerdotes que habéis engañado tan vilmente a los incautos! ¡ah crueles pastores mercenarios, que no contentos con chupar la sangre de sus haberes temporales, les hacéis ahora verter el licor más precioso de las virtudes!

¡Levantad las cabezas venerables! ¡Turbad el silencio de vuestros sepulcros, o más bien rasgad esos cielos, ministros fieles del Altísimo, que plantasteis la religión en este vasto continente! ¡Valencias, Motolinias, Dacianos, Linazes, Margiles, Basalenques... mirad, si podéis con ánimo sereno la triste desolación que causa en vuestra heredad un abominable sacerdote! ¡*Singularis ferus depastus est eam!* Un monstruo de extraña ferocidad destroza vuestra viña, ¡venerables sacerdotes del clero regular y secular que tan gloriosamente sudasteis hasta verter la sangre por el pueblo americano! ¡Cómo no alcanzáis de la mano omnipotente un diluvio de rayos abrasadores que consuman en un momento

---

<sup>10</sup> 2. Machab. I. 13.

<sup>11</sup> I. Machab. 7. 14.

aquellos espurios miembros de ambos cleros que tan cruelmente destruyen lo que tan gloriosamente habéis edificado?

¡Materia inmensa, invicto general y devotísimos oyentes! ¡materia inmensa, incapaz de digerirse en tan pocas horas; pero es indispensable que sacrificuéis algunos momentos más a la paciencia en obsequio de la fidelidad y religión! ¡os ha engañado, pues, vilmente un sacerdote, amados americanos! ¡os han seducido del mismo modo todos los demás eclesiásticos que de cualquier suerte os hayan inclinado a la insurrección y los debéis considerar como otros tantos feísimos borrones que intentan manchar el brillante lustre de sus respectivos cuerpos que nada deben perder de su estimación, por el extravío de esos pocos miembros podridos, que son unos verdaderos reos de alta traición e infidelidad contra la América, contra la España, y contra la Iglesia de Jesucristo! Examinemos brevemente cada uno de los pretextos sobre que el infame Hidalgo ha zanjado la insurrección, y veréis por resultado que habéis cooperado a una guerra impolítica, injusta, e irreligiosa, y que por una consecuencia legítima son responsables de todos los estragos causados y por causar todos los que han cooperado a fomentar la insurrección, o con la predicación o con las obras.

Primer pretexto falso de Hidalgo, que con sus secuaces le hace reo de alta traición, e infidelidad a la América, a la España, y a la Iglesia de Jesucristo, esto es; la opresión de los criollos por los gachupines, la pérdida de la España, y el supuesto decreto de degollar a todos los americanos. Chocan, señores, tan manifiestamente entre sí estos delirios, que casi no necesitan más confutación que referirlos; pero el pueblo simple necesita más luz para conocerlos. Si los criollos, como dice Hidalgo, están oprimidos y sujetos por los gachupines; si éstos son dueños únicos de los empleos y tesoros, y si la España se ha perdido, si todo esto, digo, fuese verdad, muy lejos de pensar en degollarlos, se empeñarían

en conservarles la vida, porque ¿qué podían temer los gachupines de una nación a quien tuviesen encadenada, pobre, y sin recurso al tribunal supremo de la nación, que con su propia libertad había perdido también el dominio de este nuevo mundo? Luego parece más natural que pensasen establecer una monarquía independiente de la España. ¿mas cómo podían tener un pensamiento tan elevado los gachupines, si les acusáis de que trataban de entregar la América a los franceses? Descifrad vosotros este enigma delirante, que yo no lo entiendo; mas valga la verdad, ni la España se ha perdido, ni hay apariencias de que se pierda: ni los gachupines han oprimido jamás a los criollos, ni ellos son dueños únicos de los empleos y tesoros, ni han imaginado jamás el degollarnos.

La España heroica, católica y valiente, está en este momento, no lo dudéis, haciendo probar el último escarmiento a sus opresores, después de haber sepultado en su recinto, quizá medio millón de aquellos pérfidos jactanciosos franceses, que con loca temeridad pensaron subyugarla. Los gachupines en la América, muy lejos de oprimir a los criollos, han sido los verdaderos padres de la patria; ¿qué necesidad hay de persuadir esta verdad de que hay tantos testigos como habitantes? Pasad una revista desde Veracruz hasta los extremos de la Sonora, y si encontráis un ramo de industria, un proyecto de economía, un establecimiento piadoso, un recurso para la humanidad afligida, un remedio para la indolencia, ha sido establecido en la mayor parte por los gachupines; aunque no faltan criollos, que heredando con su sangre los sentimientos más generosos, les han imitado en la beneficencia.

Los gachupines, ni han sido, ni son siempre los únicos dueños de los empleos y riquezas; si yo intentase probar esta verdad, debería hacer una enumeración de partes tan prolija, que me tuviese muchas horas sobre este púlpito; pero toda la América sabe, que entre españoles, americanos y europeos hay una comunicación tan estrecha de bienes y de



honores, como de padres a hijos; y si no son casi todos los criollos poderosos, es por haber disipado los cuantiosos caudales que a costa de fatigas les dejaron por herencia sus padres los gachupines; mas si éstos tienen caudales, ese es un resultado justo de su honradez, aplicación al comercio, a la agricultura, y otros ramos de industria; los han ganado por medios lícitos, los conservan por una juiciosa economía, y por último los destinan a la felicidad temporal de sus hijos, que son los criollos; mas en cuanto en los honores, no sólo la América sino la España misma, ha visto condecorados con los primeros asientos a los americanos, de los cuales uno ocupa hoy un distinguido lugar en el Supremo Consejo de Regencia; y bastaría leer el discurso del reverendísimo Feijoó sobre los españoles americanos para desimpresionarse; pero el calumniante testimonio de que los gachupines intentaban degollar a los criollos, es una purísima impostura maliciosa inventada por los insurgentes para electrizar a los criollos.<sup>12</sup>

Y antes de la presunción y la verdad están en contra de los revoltosos que no solamente pensaron, sino que realmente degollaron a los gachupines; pero con las circunstancias, que califican el hecho del más sangriento, bárbaro e inhumano, que apenas tendrá ejemplar en las historias, como lo visteis en esta infeliz ciudad el veinte y cuatro del pasado. Si los gachupines hubiesen meditado degollar a los criollos no hubieran formado casi todo el ejército en América con soldados criollos; hubieran persuadido al gobierno (y con razones fundadas en una fina política) que mandase tropas españolas para asegurar sus

---

<sup>12</sup> El excelentísimo señor don Miguel de Lardizábal, americano, es uno de los señores que componen el Supremo Consejo de Regencia. Pregunten los criollos que no han salido de su país a los americanos que han ido a España, y sabrán qué sentimientos tan tiernos, qué aprecio y amor han hallado en los gachupines, y sabrán también que esta rivalidad necia de criollos y gachupines y aún esos términos no se escuchan allá.

colonias, mas la omisión de esta diligencia o este pecado político que les hizo cometer la confianza que tenían de los pacíficos habitantes de América, es una sólida prueba de sus sanas intenciones: mas ¿para qué me fatigo? Si está más claro que la luz, que el primer pretexto de Hidalgo es falso, calumniante, pérfido, y le constituye reo de alta traición contra la América, contra la España y contra la Iglesia como veréis en la conclusión de mi discurso.

Segundo pretexto falso de Hidalgo; los gachupines quieren entregar este reino a los franceses y los derechos inamisibles de FERNANDO VII nos piden de justicia que le conservemos estos preciosos dominios.

*¡Dolus an virtus! ¿Quis in hoste requirat?*<sup>13</sup>

¡Impostura abominable! ¡calumnia horrible! Decidme, pues, ¿o esta entrega la intentaba hacer el gobierno, sin intermisión de los particulares; o trataban los particulares hacerla, sin noticia del gobierno? En cualquiera de ambas hipótesis ¿quién os ha revelado este secreto? ¿Dónde están los comprobantes de un delito tan enorme, como vergonzoso e incompatible con el noble y pundonoroso carácter de la nación española, que por sólo este hecho, hubiera merecido un lugar inferior al de los caribes y hotentotes? Si lo pensó el gobierno, ¿para qué en desempeño de su deber está pidiendo socorros para sostener a la España? Si lo imaginaron los particulares ¿por qué están sacrificando tan generosamente sus caudales al mismo justo, piadoso y obligatorio destino? ¿Por qué se alarman tan prudente, y esforzadamente para arrestar a un virrey, de quien sospechan contra la fidelidad? Luego el segundo pretexto es tan fútil, falso y calumniante como el primero. Y siendo el último una

---

<sup>13</sup> Virgil. Æneid lib. I.

consecuencia del segundo, no hay necesidad de refutarlo.

¿Mas qué resulta de todo este aparato abominable? Resulta, por una consecuencia legítima, que los criollos desnaturalizados, enemigos de su patria, de su nación, de su rey y de su religión, como Hidalgo, Allende, Abasolo, Aldama, Balleza y los malos sacerdotes que han predicado en su favor, con todos sus secuaces, son real y verdaderamente los que han pensado y en parte ejecutado degollar a los gachupines y a los mismos criollos, entregar la América a cualquiera nación extranjera que se la quisiese apropiarse e introducir en estos católicos dominios las herejías y la desenfrenada libertad de conciencia; y por consiguiente deben ser juzgados como reos de alta traición e infidelidad a la América, a la España y a la Iglesia de Jesucristo ¡crimen horrendo! ¡atentado inhumano, sacrílego y abominable!

¿Os parece que avanza mucho esta proposición? Pues para mí es más clara que la luz; no imaginéis, que me la hace proferir la pasión nacional que siempre he abominado; estoy muy distante de semejante sospecha, porque aunque tengo el honor de ser hijo de un gachupín, y he dado a Dios desde que me alumbró la razón muchísimas veces rendidas gracias por haberme dado por padre a un español digno de este ilustre nombre, es decir: a un católico, a un hombre amante de su patria, de su soberano y de su religión, no soy gachupín ni contemplo más pasión que la de Jesucristo; escuchad.

La América, por muchas razones naturales y políticas que no hay tiempo de individuar, ha de depender siempre de la Europa; todas las potencias extranjeras más poderosas la miran como objeto de la envidia común; si los criollos, pues, ignorantes de la constitución de su país y del estado político del mundo, trabajan con ambas manos para quitar la América a su legítimo dueño que es la España, ¿imagináis que la podrán conservar independiente? Los hechos prueban el éxito que se puede esperar, y yo voy a discurrir

como testigo de vista de las funciones más terribles. Si más de tres mil hombres en el puerto de Carrozas<sup>14</sup>, fueron derrotados por sólo menos de trescientos, dejando más de mil cadáveres en el campo. Si ochenta mil hombres sobre el monte de las Cruces, fueron arrollados por ochocientos soldados del rey, en cuya acción gloriosa tengo la gran satisfacción de que se vertiese una parte de mi sangre y allí quedó cubierto el campo de cadáveres de insurgentes<sup>15</sup>. Si más de veinticinco mil infantes, y quince mil caballos, con catorce cañones que formaban un espantoso aparato sobre la posición más ventajosa, elevada muchas varas sobre nuestras cabezas, formidable e inexpugnable en Aculco; huyeron cobardísimamente a vista de este victorioso ejército antes que se les disparase un fusil, ni se les mostrase el filo de una espada, no pudiendo sostener media hora el fuego de nuestra artillería española, formidable con razón a toda la Europa; si setenta mil hombres, más de veintidós cañones de grueso calibre, situados en alturas más peligrosas e invencibles que los famosos desfiladeros de las Termópilas en la Grecia, fueron inútiles el veinticuatro del pasado en la reconquista de esta ciudad de Guanajuato, dejando tanto en Aculco, como sobre esos montes, más de catorce mil cadáveres de americanos, hecha tumba funesta la campaña, sin que muriesen de nuestra parte en estas dos últimas funciones sino únicamente dos soldados<sup>16</sup>, ¿imagináis vosotros, que los jefes de la insurrección, y toda la América unida (dado el caso políticamente imposible de que salgan con su intento) podrán resistir al

---

<sup>14</sup> Acción mandada por don Bernardo Tello, capitán de ejército, ayudante mayor de Sierra Gorda, y actualmente ayudante general de este ejército.

<sup>15</sup> En esta función murió gloriosamente el capitán don Francisco Bringas, pariente del orador.

<sup>16</sup> Es cosa particular que en casi todas las funciones, no han pedido los ejércitos del rey más que un solo hombre: así sucedió en Puerto de Carroza, y soy testigo de que en Aculco sucedió lo mismo, así como en Guanajuato.

ímpetu de la España misma, en primer lugar que se ha burlado gloriosamente de todo el colosal poder de Napoleón?

Y cuando esto llegase a suceder, ¿podiera resistir la América inerme, destituida de pericia militar, sin un solo jefe digno de este nombre, poblada en la mayor parte de bárbaros cobardes a las formidables legiones de la Francia, a las temibles escuadras de la Gran Bretaña, o al poder combinado de otras potencias envidiosas, que sin duda partirían entre sí estos vastos y preciosos dominios? Y en este lance, que certísimamente se había de seguir, siendo como es, la América la manzana de la discordia, decidme pueblos alucinados, militares ignorantes, sacerdotes infieles a vuestro ministerio, que hasta hoy habéis trabajado con ambas manos, en destrozár las entrañas de vuestra patria, ¿quiénes serán los traidores a la América, a la España, y a la Iglesia? ¿los gachupines que la ganaron derramando gloriosamente su sangre, que la ilustraron y fomentaron por tres siglos, que la han defendido; y defenderán de todo el mundo; o los criollos, que atropellando todos los derechos más sagrados, declaran la guerra a sus padres, a sus hijos, a sus hermanos, a su monarca, a su patria, y a su sagrada religión?

¡Entonces veríais conducir a los hombres más honrados, a los ancianos débiles, a los delicados criollos, y aún a los sacerdotes venerables por unas manos extranjeras, cargados de cadenas al trabajo de las minas, al cultivo de los campos y a los servicios más aflictivos y humillantes! ¡Gemid, dirían los extranjeros, gemid americanos ingratos a vuestra nación, desleales a vuestro rey, desconocidos a una dominación y legislación tan suave, humana y justa como la de los españoles! ¡Gemid, sin esperanza de mejor fortuna; esta es vuestra suerte desgraciada!

Mas para que no suceda un desastre tan lastimoso ¿cuál deberá ser la primera diligencia? *Audite hoc sacerdotes*: escuchad, ministros del Altísimo, estas palabras de

Judith: “*Quoniam vos estis presbyteri in populo Dei, et ex vobis pendet anima il lorum, ad eloquium vestrum corda eorum erigite.*”<sup>17</sup> Supuesto que vosotros sois presbíteros en el pueblo de Dios y de vosotros están pendientes las almas de los pueblos, fortalecedlos con vuestros discursos y consejos; desengañadlos con vuestra católica predicación, y cuando más no podáis huid a lo menos, a ejemplo de San Atanasio, que en tal caso vuestra fuga para no comunicar con los insurgentes: *et non communicabo cum electis eorum*, será un elocuentísimo sermón, con que enseñaréis a los ignorantes, conservaréis la fidelidad, desempeñaréis vuestra obligación, y no les extraviaréis del camino de la verdadera gloria.

---

<sup>17</sup> Judith. 8. 21.

La edición del tomo II de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza  
Rosa América Granados Ambriz  
Raquel Güereca Durán  
Rodrigo Moreno Gutiérrez  
Eric Adrián Nava Jacal  
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado  
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602